

Devoradores de Almas

**Devoradores
de
Almas**

El mestizo errante



Nancy G. Ayala

Devoradores de almas

El mestizo errante

Primera edición en México, 2019

D.R. © 2018, Nancy Georgina Ayala González

www.Devoradoresdealmas.com

Queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de la titular del *copyright*, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía, el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares de la misma mediante alquiler o préstamo público.

Para mamá y papá con cariño y gratitud.

1

La llegada

París, 1879

El melodioso repiquetear de las gruesas gotas de lluvia estrellándose contra las baldosas de las viejas residencias, y sobre el empedrado que meticulosamente recubría las avenidas centrales de París, era acompañado únicamente por el eco de las pesadas botas que resonaban a través de las estrechas y desoladas calles. Cada firme paso que daba el solitario viajero interrumpía el sepulcral silencio que acunaba la ciudad, sumida en el profundo letargo que antecedió a una fría y húmeda mañana de domingo.

El joven hombre caminaba erguido, proyectando un porte señorial propio de la realeza o de la milicia, con una voluntad de hierro reflejada en cada paso que daba bajo la insistente lluvia. Avanzaba con determinación, ajeno a la densa oscuridad, las resbaladizas piedras, y los charcos que podrían haber amenazado con burlarse del equilibrio de cualquier otro hombre.

Liam iba cubierto completamente por un pesado abrigo de cuero negro, cuyo cuello había elevado precavidamente para proteger sus oídos del agua; mantenía la cabeza discretamente gacha para evitar el viento cargado de diminutas gotas, que asemejaban pequeños fragmentos de cristal que herían

sus ojos, mientras que su empapado sombrero poco podía hacer para protegerlo, escurriendo agua a canalillos.

El viento arremetió con fuerza, envolviendo al joven en un remolino de húmedas perlas heladas que lo obligaron a cerrar los ojos. Aferrándose a su abrigo con natural desesperación detuvo su andar indignado, y el retumbar de sus rotundas pisadas se silenció abruptamente. Abrumado por la helada brisa maldijo entre dientes, y se permitió sacar un delgado puro del interior de su abrigo, llevándolo a sus labios con manos temblorosas.

Rebuscó rápidamente en los numerosos bolsillos de su gabardina, haciendo sonar la licorera, monedas y filosas dagas por igual. Palpando finalmente un bolsillo interior, cerca de su corazón, exhaló aliviado al distinguir la pequeña y frágil caja rectangular entre la tela; tomó ansioso la cajetilla de cerillos. Con los dedos húmedos sufrió por encender un cerillo, protegiendo el fuego con una mano ahuecada, y acercando la cabeza prendió el puro con un destello de placer en los ojos.

El luminoso carmesí del tabaco quemándose fue lo único que alumbró la penetrante oscuridad de la noche alrededor del extraño joven por un momento. Iluminando su rostro grácilmente, produciendo un resplandor dorado rojizo en el centro de sus pupilas verdes. Sus labios se curvaron en una sincera y sutil sonrisa, inhalando profundamente el caliente humo, permitiendo que la cálida sensación llenase sus pulmones. Dejó caer la cabeza hacia atrás, entrecerrando los ojos para vislumbrar el cielo a través de sus espesas y empapadas pestañas, más allá de las persistentes gotas de lluvia; expidió el humo en una etérea fumarola que el viento borró de inmediato. Con pesar descubrió que la luna se había perdido entre las negras nubes, no se podía distinguir su brillo por ningún lado, llovería hasta el amanecer y más allá del medio día sin duda.

—Odio París.

Su lamento fue más una expresión de resignación que una maldición. Permaneció unos segundos con la cabeza elevada viendo el negro cielo con sus

resplandecientes relámpagos a la distancia, tan lejos que su luz resultaba apenas un reflejo en las espesas nubes, incapaz de iluminar su camino. Llevó el puro a su boca, húmedo y apagado; el sabor amargo del tabaco resbaló entre sus labios directamente hasta su lengua, erizándole la piel con desagrado.

Gruñendo dejó caer el puro con despecho.

—¡En verdad odio París!

Con la punta de los dedos inclinó el sombrero para que se escurriese y ajustó en vano su empapado y pesado abrigo antes de reanudar su paso apresuradamente, aún debía caminar un largo trecho antes de llegar a la Abadía de *Saint Jude* al otro lado de la ciudad, al borde sudeste del Distrito XV, en el Distrito de *Vaugirard*.

Los aromáticos cafés y sus agobiantes recuerdos finalmente comenzaban a quedar atrás conforme se acercaba más a la orilla sureste de la ciudad. Había decidido cruzar París directamente, desde la entrada noreste en una línea casi recta hasta su destino, para resguardarse rápidamente del despiadado clima, pero, después de cruzar la Isla de la *Cité*, al adentrarse en el VI Distrito, y encontrarse a sí mismo en el barrio de *Saint German des Prés*, entre sus angostas calles perfectamente iluminadas por las lámparas de gas, y sus numerosas y variadas tiendas con immaculados aparadores, que en la oscuridad de la noche se habían vuelto negros espejos, el druida se vio incapaz de resistir el evocador aroma del café preparándose y el exquisito olor de los panecillos horneándose; aquello fue una mezcla que produjo en él una sensación de embriagadora soledad que lo abrumó al abrir la caja de pandora que eran sus recuerdos.

Con un asfixiante nudo en la garganta producido por la nostalgia, dio vuelta en redondo hasta la ribera del río Sena, para bordear por la orilla la división izquierda de la ciudad hasta el Distrito XV, donde sin duda encontraría acogedora no por primera vez en su vida la Abadía de *Saint Jude*. Dejando así de lado, e intactos, todos los recuerdos que pudieran rememorarle el caminar

por las que alguna vez fueron sus amadas calles, ahora inquietantes y tortuosas, más allá de la lluvia y de la madrugada.

Una nueva ráfaga de viento arremetió contra él, amenazando con privarlo de su sombrero. Lyam lo reacomodó con firmeza, y bajando los brazos cerró los puños al rechinar los dientes, no era París lo que odiaba, eran los recuerdos que le evocaban sus familiares aromas, sus pintorescas casas y sus majestuosas edificaciones, odiaba la desesperación y la agonía que el pasado le producía.

Había prometido no volver a menos que fuera absolutamente necesario, y la carta que tan celosamente guardaba en el bolsillo interno de su chaleco le indicaba que lo era; había llegado el momento de volver, y no era opcional.

La suave vibración en su pecho lo detuvo abruptamente, arrancándolo de sus recuerdos, devolviéndolo a las escasamente iluminadas calles parisinas; aspiró profundamente llenando sus pulmones con el gélido aroma del ancestral río Sena, con sus aguas entre negras y verdosas, imparables.

Llevó inconscientemente la mano a su cuello, tirando de la cadena de plata entre los pliegues de su ropa, para sacar una campana de hierro y plata demasiado pequeña y demasiado maltrecha. Elevó la cadena, colocando la campana a la altura de sus ojos, entrecerrando los párpados para observar cuidadosamente su extraño dije, conteniendo el aliento.

La pequeña campana vibró nuevamente, repiqueteando apenas dos veces, y los ojos del joven se abrieron como platos, dejándola caer. Tomó un revólver de su cinturón con la mano izquierda y con la derecha desenvainó la espada con extraordinaria presteza. Agudizó sus sentidos, esforzándose por distinguir cualquier sonido alarmante por encima del estruendo de la lluvia azotando contra las aceras, fijando la vista hasta donde la espesa oscuridad en la ribera se lo permitía.

La campana continuaba vibrando discretamente contra su corazón, haciéndole saber que el peligro era real, pero, él girando sobre sus talones parecía incapaz de descubrirlo.

El peculiar sonido de largas garras arañando agresiva y velozmente el pavimento, lo hizo girar justo a tiempo para elevar la espada y dar un tajo en el hombro de la grotesca criatura que saltó sobre él. El impulso del golpe lo hizo trastabillar hacia atrás, mientras ágilmente esquivaba un zarpazo del demonio que alcanzó a privarlo de su sombrero. La espada vibró emanando una corriente eléctrica que obligó a Lyam a cerrar los dedos sobre la empuñadura con involuntaria fuerza, como si un relámpago hubiese caído sobre la punta de la espada, electrificando el arma a través de su mano, subiendo por su columna hasta la base de su nuca; despejando su mente.

Plantó con firmeza los pies sobre las resbaladizas baldosas del pavimento, retorciendo los guijarros bajo sus pesadas botas. Elevó la pistola apuntando a la cabeza de la criatura; resultaba grotesca a la vista, con su piel ceniza y agrietada, asemejando una mortífera escultura de adobe y cal, sin embargo, brillaba viscosa y húmeda mientras alzaba sus cuatro largos brazos que acababan en unas deformes manos, con dedos dispares y afilados cual falanges con colmillos. Tenía las extremidades tan largas como su cuerpo, cubiertas de punzones y protuberancias, de apoyarlas en el piso podría asemejar una araña gigante; poseedor de un feroz rostro demoniaco y animalesco, de largas fauces, como el hocico de un oso, pero con tres hileras de dientes.

La criatura gruñó, abriendo sus brazos aún más, dándole la impresión al joven galo de que el ente se estaba estirando, casi esponjándose.

El demonio abrió sus fauces: una larga y gruesa lengua salió de su hocico, como un quinto brazo, lanzándose contra el druida. Los labios de Lyam se curvaron en una media sonrisa al jalar el martillo de su revólver, apuntó al interior del hocico y disparó.

El golpe en su espalda le tensó el cuerpo mientras caía pesadamente sobre la acera, con el peso de una segunda criatura aplastándolo contra el encharcado empedrado. La espada rodó lejos; fue vagamente consiente de que el primer demonio había caído frente a él, inmóvil. La saliva caliente del segundo demonio quemó su mejilla cuando unas viscosas gotas cayeron en su piel. La gruesa y áspera punta de la lengua lamió agonizantemente lento su rostro, desde la base de su cuello hasta su sien, tirando de su cabello.

Lyam se mordió los labios en vano, intentando soportar el agudo dolor, la lengua de la criatura era terriblemente áspera y caliente, como si le pasarán un oxidado hierro ardiente sobre su fría piel. Un grito desgarrador brotó de su garganta sin poder aprisionarlo, en un involuntario intento de liberar el dolor.

Se retorció bajo el demonio, alcanzando dos dagas en su cinturón, y cruzando los brazos hacia atrás rebanó la lengua que gustosa relamía la base de su cuello contra el piso. La sangre brotó a borbotones, bañando el rostro de Lyam; apestosa a muerte y putrefacción. Agradecido por primera vez de que estuviese lloviendo y el agua despejase su vista.

Rodó por debajo de la criatura, liberándose, aprovechando sus agonizantes graznidos enfurecidos. El joven se colocó en pie, y con la manga del abrigo limpió su rostro, antes de elevar la mano izquierda sobre su cabeza para lanzar la daga al demonio.

Los afilados dedos férreos de un tercer demonio se cerraron en su muñeca, haciéndole tirar la daga. Sintió las punzantes falanges enterrarse en su piel antes de salir volando, estrellándose contra el faro de una lámpara de gas. El aire escapó de sus pulmones, y el golpe paralizó su espalda de dolor por unos segundos. Esforzándose por recuperar el aliento llevó la mano lentamente sobre su costado herido, jadeó indignado, y utilizando la larga daga como bastón se colocó en pie, con el farol a su espalda, resguardándolo.

Pestañeó para sacudir las pesadas gotas de lluvia de sus ojos, respirando con dificultad observó alarmado a su alrededor; estaba rodeado de asquerosos

scavengers, demonios carroñeros que solían andar siempre solos, una de sus principales características; eran demonios solitarios y oportunistas, y ahí estaban, rodeándolo. No podía decir con exactitud cuántos eran, se movían velozmente a su alrededor, gruñendo, riendo guturalmente y siseando, con sus vidriosos ojos como el fuego; incontables pares de rubís mortales que lo acechaban en la oscuridad.

Dejó caer la daga, que retumbó musicalmente sobre las piedras del pavimento, desenfundó dos revólveres colt con presteza, y apuntando a los demonios con seguridad, exhaló discretamente y comenzó a disparar desalmadamente. Una tras otra las balas de hierro y plata dieron en el blanco, derribando a las criaturas que corrían inhumanamente rápido hacia él. Finalmente, el *clic* del martillo tronó mientras jalaba el gatillo sin más balas que disparar, los demonios detuvieron su avance precavidos, igualmente desconcertados por el insistente ruido que emanaba de manos de su adversario. Lyam abrió las palmas dejando caer las pistolas, y de su cinturón desenvainó dos largas dagas, que bien podrían considerarse espadas cortas. Las armas relucieron bajo la tenue luz naranja de la lámpara de gas, destellando una fina e intrincada filigrana de plata sobre la filosa hoja, mientras adoptaba una posición defensiva.

Un espeluznante escalofrío recorrió su espalda al sentirse perdido; rechinó los dientes, temerario; eran demasiados, pero no encontraría la muerte en él un complaciente partidario. Sonrió reluciendo los dientes, invitando a los scavengers a atacarlo por última vez.

La calle se iluminó con un relámpago de deslumbrante luz azul, cegadora y hermosa, detrás de las criaturas, mientras los quejidos profundos y guturales de los demonios se elevaban por encima del estruendo de la lluvia y el resonar del metal. A Lyam le llevó unos segundos distinguir la sombra negra que danzaba con movimientos poderosos, gráciles y veloces entre los gigantescos scavengers.

La luz plateada celeste que había iluminado la noche no había sido un relámpago, sino la espada mortal que se le había caído a Lyam minutos antes, recogida por el hombre que destazaba una a una las criaturas, incinerándolas ahí donde su arma envuelta en fuego azul los estocaba, volviéndolos frágiles figuras de ceniza que la lluvia y el viento deshacían sin clemencia.

Lyam suspiró aliviado, casi riendo; retorció las empuñaduras de las dagas entre sus dedos y se proyectó sobre el demonio más cercano, atestando una certera estocada en la protuberante frente del ente al caer de rodillas sobre él, para después abalanzarse sobre su siguiente víctima. Era consciente de la figura fuerte y mortífera que se movía inexpresablemente rápido a su alrededor, de un modo completamente inhumano, iluminando la noche con su antorcha metálica, mágica y reluciente.

Uno a uno los demonios fueron derrotados; Lyam apuñalando, acribillando, y destazando sin piedad con sus dagas, mientras el recién llegado no dejaba de blandir y arremeter su espada en contra de los scavengers, incinerándolos.

Lyam habiendo derribado a otro demonio, desenfundó una última daga, elevó el arma y giró sobre sí mismo para estocar una ágil puñalada, que enterró con firmeza la filosa hoja en la palma de la mano del alto hombre detrás de él.

—¿¡Auu!?

El joven caballero, que había cubierto instintivamente su corazón con la mano izquierda al ver aproximarse el arma, masculló entre dientes varias maldiciones mientras se desenterraba la daga.

—Lo siento.

Lyam se encogió de hombros poco apenado, casi indiferente, como si fuese un error perfectamente comprensible, mientras sacaba una daga de la espalda del demonio a sus pies. Su acompañante elevó la mano herida, con la palma abierta para hacer claramente visible la lesión al señalarla con la punta de la daga, y con los ojos entrecerrados fijos en Lyam, indignado.

—¡Au! —insistió.

—Sobrevivirás —sentenció Lyam arrebatándole la daga con ligereza, sonriendo—. No podrías haber llegado en mejor momento, me alegra verte.

Su interlocutor entornó los ojos extrañado, observando cómo Lyam enfundaba la daga con total despreocupación en su cinturón, aún llena de su sangre. Fijó los ojos en los de Lyam un momento, y exhalando resignado comenzó a limpiar en la manga de su abrigo la viscosa y espesa sangre de la espada, ya con el fuego extinto. Lyam distinguió su espada en manos de Rowen, y observó atento sus movimientos metódicos, recordando cuán acostumbrado estaba Rowen a limpiar la sangre de sus enemigos antes de guardar sus preciadas y extravagantes armas.

—Tu rostro, ¿duele? —señaló Rowen con un movimiento de cabeza, sin apartar la vista de la espada.

Lyam llevó instintivamente la mano a su rostro, ahí donde el scavenger lo había lamido con su férrea lengua candente y ponzoñosa, apenas notaba el ardor, aunque sería difícil decir si era a causa de la emoción de la pelea, o porque la lluvia había sido benigna con él y lavado el veneno. Sus dedos siguieron el rastro de la delgada herida, una línea rugosa que subía desde su cuello hasta su sien.

—Arde un poco, sólo eso.

Sonrió Lyam, notando como Rowen suspiraba discretamente aliviado al escuchar su respuesta, aunque sus hombros permanecieron cuadrados, tensos.

Lyam no pudo evitar observar con interés al joven hombre frente a él; llevaba el mismo abrigo sagrado de piel negra, aunque más reluciente y extrañamente pulcro bajo la lluvia. La camisa que fuera blanca lucía sucia y roída por los fluidos y cenizas demoniacas bajo la gabardina, con diminutas manchas claras aquí y allá delatando lo que fue originalmente su color. Observó nostálgico su negro e indomable cabello, que se pegaba a su frente en delgados

mechones enmarcando su rostro, entrando en sus ojos inconcebiblemente luminosos, dos zafiros azules que reparaban en él con profunda intensidad y recelo, como el centro de una hoguera al incendiarla justo antes de arrebatarse en bravías flamas.

El serio joven dio un paso hacia Lyam y le envainó la espada en la funda ágilmente, devolviéndole su arma. Tomó sorprendentemente a Lyam de la solapa de su abrigo de un modo brusco; atrayéndolo a él con firme rudeza, deslizando imperioso los dedos por el cuello de Lyam hasta que se toparon con la delgada cadena, y de un solo tirón elevó la campana hasta la altura de sus ojos, analizándola.

—¿Rowen? —cuestionó Lyam fingiendo tranquilidad lo mejor posible, invariablemente desconcertado por el comportamiento del otro joven.

—Escuché tu grito... —explicó Rowen quedamente, más para sí que para Lyam, dejando caer la cadena absorto—. Cuando los disparos se acabaron temí... no sé qué pensé... ¿La campana ya no sirve?

—No, no como debería al menos, apenas vibró, debió volverse loca con tanto demonio, pero... apenas vibró un poco.

Lyam se encogió de hombros restándole importancia. Los ojos de Rowen se posaron sobre el rostro de Lyam escudriñándolo minuciosamente, enterró los largos dedos con firmeza en el mentón de su compañero, y le giró el rostro para evaluar su herida. Cuando hubo apaciguado su preocupación resopló amargamente y soltó abruptamente la solapa de Lyam dejando la espesa huella de sangre en la gabardina, exasperado.

—Me duele la mano, dejaré cicatriz.

—¡Vamos! ¿No te has jactado siempre de tus cicatrices?... un más para la colección.

Lyam sonrió radiante, como sólo él podía hacerlo después de una pelea, divertido y relajado. Sacó de uno de sus numerosos bolsillos la licorera, y dio un trago sustancioso a su denso contenido antes de extendérsela a Rowen.

—Esto te ayudará.

—¿Licor? —se burló Rowen incrédulo, sin embargo, tomó la licorera y devolviéndole la sonrisa la llevó a sus labios.

—No, chocolate —aclaró aún más divertido Lyam.

Rowen alejó la licorera de sus labios alarmado, como si se tratase de veneno en lugar del dulce brebaje, atragantándose con el poco chocolate que se había deslizado por su lengua, se cubrió la boca con la mano, con los ojos increíblemente abiertos, estupefacto.

—¿Cómo es posible?, ¿cuánto tienes?

—Es lo último, bébelo.

—¿Para una herida tan ridícula?, no.

Rowen golpeó el pecho de Lyam con la licorera al devolvérsela, y los ojos de Lyam hasta ese momento pacientes y alegres se endurecieron, apretó la mano de Rowen entre sus dedos, lacerando la herida sangrante al apartarla de él.

—¡Bébelo! No tienes que beberlo todo si no lo deseas, pero al menos lo suficiente para que dejes de sangrar... siempre puedo ir por más.

—¿Ir por más?, ¿no querrás decir...?

Lyam notó claramente como el rostro de Rowen perdió el color que había ganado con la batalla, y las manos le temblaron notoriamente jugando con el metálico recipiente, indeciso. Lyam suspiró exageradamente dejando escapar su entereza, arrebató la licorera a Rowen, y sujetó su mano herida amigablemente, inspeccionándola con ojo clínico antes de dejarla caer.

—Será mejor que nos vayamos, Normand tendrá un remedio más... apropiado.

Ambos jóvenes se sonrieron cálidamente de modo involuntario, claramente un viejo hábito arraigado, característico de dos personas que han llegado a conocerse tan bien, que la cordialidad, la preocupación y el interés por el bienestar mutuo se vuelve parte de sus reacciones naturales.

La lluvia finalmente comenzaba a amainar cuando Lyam y Rowen vislumbraron en el horizonte las altas murallas de la abadía, con las tres magistrales torres góticas de la iglesia de *Saint Jude* alzándose imponentes en el centro de la segura fortificación, relucientes por la humedad y el reflejo de las naranjas nubes del Este que ocultaban celosamente el amanecer.

Los ojos de Lyam brillaron bajo la sombra de su sombrero, aspirando profundamente, ávido por distinguir el aromático perfume de los árboles frutales de los monjes: manzanos de sidra, manzanos dulces, naranjos y ciruelos. Arrugó la nariz con disgusto, lo único que había logrado percibir fue el penetrante olor del río, de agua vieja removida por la precipitación de la lluvia nocturna. De reojo notó el mismo gesto de repudio en el rostro de Rowen, y un escalofrío recorrió su cuerpo, erizando aún más su piel, si era posible, haciéndolo temblar notoriamente, ¿cómo podían ser tan similares y al mismo tiempo tan abismalmente diferentes?

—Llegaremos pronto, y podrás quitarte de encima esa ropa helada.

Lo consoló distraídamente Rowen, tan absorto en sus pensamientos que genuinamente sorprendió a Lyam el hecho de que notase su estremecimiento. El aludido se limitó a sonreír en respuesta, el aspecto serio y distante de Rowen le indicó que no era necesaria una contestación elaborada, ni siquiera había sido una invitación a una conversación, simplemente había sido un gesto amable e inconsciente propio del hombre que alguna vez fue.

El cansado galo fijó la vista en la punta de la torre más alta, buscando en la densa niebla el campanario, deseoso de escuchar las campanas que le indicaran que la abadía había despertado. Habría café, panecillos y huevos para el desayuno; amplió su sonrisa radiante, ilusionado ante la idea de un café recién hecho y un desayuno caliente. Apresuró el paso inconscientemente, ansioso y hambriento.

Algunas calles más adelante, la alta muralla de piedra se alzó imponente ante ellos, y finalmente el delicioso y añorado aroma de los manzanos y los naranjos perfumó el aire a su alrededor respondiendo a sus deseos. Lyam y Rowen intercambiaron miradas instintivamente, permitiéndose un instante de paz, mientras el viento a su alrededor mezclaba armoniosamente el olor de manzana, estragón, amapola, y mentas; entre muchas otras plantas aromáticas y medicinales usadas por los monjes. Se podía escuchar el cantar de los gallos, y el cloquear de las gallinas despertándose pese a la escasa luz solar, tan envidiosamente cautiva por las nubes. Lyam relajó los hombros, casi podía oír a los monjes en la enorme cocina, con sus hornos encendidos llenos de baguettes aún a medio hacer, removiendo pesadas ollas y cacerolas llenas de café y leche, huevos hirviendo y alguna mermelada siempre en ebullición.

Dios pero que hambre tenía. Dio una palmada a Rowen en el hombro para animarlo, apresurando tanto su paso que bien podría decirse que había comenzado a trotar.

—Lyam... —lo llamó vacilante Rowen.

El ansioso joven resbaló en el húmedo asfalto al detenerse abruptamente cuando escuchó el llamado de su compañero, equilibrándose trabajosamente, chapoteando entre los charcos evitando milagrosamente caer, perdiendo, sin embargo, el sombrero en su ridículo desliz. Rowen se apresuró a recoger el sombrero, sacudiéndolo distraídamente con la punta de sus dedos, embarrando la suciedad en la húmeda tela. Lyam contuvo su protesta de indignación al notar los dedos temblorosos de su amigo y la rigidez de su pálido rostro.

—¿Qué pasa? —Lyam le arrebató el sombrero para sacarlo de su ensoñación.

—Gracias por acudir, no estaba seguro de que lo harías... no sé hace cuánto... —La voz de Rowen se fue perdiendo, visiblemente ensimismado en sus pensamientos.

—Cuatro —espetó Lyam interrumpiéndolo más secamente de lo que hubiese deseado.

Rowen lo observó desconcertado, claramente confundido por la afirmación. Lyam sintió la amargura de la bilis elevarse desde su estómago, subiéndole por la garganta hasta su boca, y los músculos del vientre se le contrajeron en un tortuoso espasmo; la palabra había escapado de sus labios fríamente sin pretenderlo.

—Cuatro años. Han pasado cuatro años desde la última vez que nos vimos.

—¿Apenas cuatro años?

Las palabras salieron en un suspiro horrorizado e incrédulo de la boca de Rowen, tan quedamente que Lyam tuvo la impresión de habérselo imaginado. Repentinamente el peso de la carta cuidadosamente guardada en el bolsillo de su chaleco le pareció inexplicablemente notorio, firme y asfixiante, como una placa de metal presionándole las costillas contra su corazón.

Suspiró sonoramente, recordando con pacífica añoranza cada uno de los días que había vivido durante los últimos seis meses, en la comodidad de la posada en la pintoresca Isla de *Petite France*, en Estrasburgo. Era sin duda lo más cerca que había estado de París en cuatro años. La gran isla lo había cautivado con sus antiguas casas de entramados de madera, pintadas en una gran variedad de celestes, amarillos, rosados y verdes, con sus techos adosados a dos aguas, y sus aromáticos arbustos florales enmarcando las casas y los canales del río que rodeaban la ciudad, ocultando el penetrante aroma de agua

vieja que amenazaba con alzarse; era un sitio asombrosamente medieval para la época.

Había ido ahí para cumplir con una misión por demás sencilla, no se había demorado más de tres días, sin embargo, lo exquisito de la *Petite France*, lo había maravillado a la mañana siguiente después de concluir su tarea.

Al despertar tomó como siempre su escaso equipaje, consistente en una vieja alforja llena de algunos pocos víveres, ropa y sus invaluable cuadernos, donde meticulosamente había detallado sus cuatro años de viajes en solitario. Además del grueso abrigo de piel curtido mágicamente, con decenas de bolsillos discretamente ubicados a lo largo de la prenda, interna y externamente, perfectos para esconder toda una vida dentro de él; y su discreto sombrero, tan gastado que había perdido la intensidad de su oscuro color, dejando en su lugar un roído gris. Y finalmente, se ajustó el cinturón de armas, cargado de dagas, pistolas, balas y una espada, siempre leal de su lado izquierdo.

Así pues, con la alforja a su espalda; el cinturón bien fijo alrededor de su cuerpo, el abrigo y el sombrero en mano, salió de la posada decidido a marcharse en busca de una siguiente misión. Pero, la cálida y suave brisa cargada con el aroma de las delicadas y dulces flores lo envolvió al dar el primer paso; al dar el segundo paso fue el invitador olor a ternera asada, vino amargo y fruta seca lo que lo cobijó. Se colocó el sombrero con una sonrisa radiante, siguiendo el delicioso aroma con un estómago vacío y suplicante, descubriéndose a sí mismo cansado de vagar por el mundo. Lyam no había parado en cuatro años y era el lugar perfecto para hacerlo, para perderse.

Hasta que una noche al volver a su habitación después de cenar y beber con los lugareños encontró una carta en su puerta. No era más que una hoja ordinaria, sin sobre ni remitente, con un sello de cera negra grabado con las iniciales McG, el sello familiar de Rowen, Rowen McGrath; y en el papel se leía una única palabra con perfecta caligrafía: “París”.

De pie frente a Rowen en medio de París, bajo la insistente lluvia, y el fuerte viento, Lyam se preguntó cómo algo tan simple como un papel con una única palabra podía parecerle tan pesado y asfixiante.

Como si Rowen hubiese leído sus pensamientos a través de su silencio, jaló a Lyam por la nuca, pegando su frente a la del joven para verlo fijamente a los ojos, suplicante y agradecido, con la mano férrea detrás de su cabeza, aferrándose a él.

—Gracias —le expresó con voz grave y profunda.

Y entonces Lyam, allí entre la rivera del Sena y las familiares murallas de la Abadía de *Saint Jude*, bajo la insistente lluvia que bañaba la ciudad y con los ojos fijos en Rowen, se negó a cuestionar sus motivos y sus actitudes, sintiendo el asfixiante peso de sus palabras; las había comprendido todas al leer aquella simple palabra, tan insignificante en apariencia y tan profunda en significado.

París: Ven, hermano, que no puedo afrontarlo sólo. Ven, que el pasado es demasiado pesado para cargarlo sobre mis hombros. Ven... te necesito.